

CIUDADANIA, VECINDAD, FRATERNIDAD
Recrear la solidaridad

Ximo GARCÍA ROCA

INTRODUCCIÓN

- El naufragio colectivo
- Vía política, cultural y ética
- Un régimen atencional

CIUDADANIA Y SOLIDARIDAD INSTITUCIONAL

- La línea de dignidad
- Los bienes de justicia
- El pacto de solidaridad
- La deriva de las condicionalidades

VECINDAD Y SOLIDARIDAD DE PROXIMIDAD

- La amistad cívica y el poder de lo local
- La impotencia y la creatividad social
- El individualismo y las estructuras colectivas
- El miedo y las capacidades endógenas

FRATERNIDAD Y SOLIDARIDAD CORDIAL

- La centralidad de la persona
- El lugar de la universalización
- El mito del mercado y las exequias del individuo
- Un universo de medios

Asociación de profesores jubilados
Universidad de Valencia, mayo de 2012.

Mi agradecimiento por vuestra invitación que nos confirma en los mismos compromisos, nos ratifica en las mismas lealtades y nos plantea las mismas búsquedas. Mi reconocimiento a vuestra labor de jubilados que nos permite compartir las tres certezas de Fernando Pessoa: <<De todo quedaron tres cosas: /La certeza de que estaba siempre comenzando,/la certeza de que había que seguir/ la certeza de que sería interrumpido antes de terminar./Hacer de la interrupción un camino nuevo,/ de la búsqueda un encuentro>>.

Lo primero que se recrea cuando los cimientos de una sociedad se conmueven es la solidaridad, no en balde la propia palabra “solidaridad” alude a la experiencia de que algo es sólido, está bien entramado, es consistente, tiene ligazón.

Nuestra reflexión se produce en el interior de un naufragio colectivo, provocado por los poderes económicos y financieros, que ha contaminado todas las dimensiones humanas, desde la forma de sobrevivir, de esperar y desesperar y de proyectar el futuro individual y colectivo.

Históricamente, la imagen del naufragio ha servido para descifrar el *enigma humano*, esa inevitable inseguridad que es la vida en común. Llegar a Ítaca, decían los clásicos, es nuestro destino, pero el viaje depende de los vientos, del azar. ¡Y cuantos temporales producidos por

El arte de la navegación sirvió a la modernidad para introducir un tipo de *racionalidad* que conjuga la información y la intuición, la sensibilidad y el razonamiento. Para navegar no sólo se necesitan mapas y cálculos sino el arte de hacer entrar el viento entre las velas, hacer del peligro una oportunidad a través de la creatividad.

El naufragio sirvió a la segunda ilustración para acusar de ceguera a la modernidad a la hora pensar el *desarrollo* de los pueblos; desde la perspectiva de los vencidos, Walter Benjamin acusó de haberse interesado más por los motores económicos y políticos que por disponer de frenos de emergencia y de brújulas suficientes (1973).

No cabe duda, que la solidaridad es una de las brújulas, de los salvavidas y de los frenos de emergencia. Una solidaridad que se ha configurado históricamente a través de muchas formas y figuras –la asistencia, la beneficencia, la cooperación, la acción voluntaria. Hoy es urgente recrearla desde los mimbres actuales.

La solidaridad hoy es resultado de tres dinamismos con sus providencias y lógicas diferenciadas: *un factor político* que se configura en torno al derecho de ciudadanía, por el cual se garantizan y reconocen bienes comunes como despliegue de la dignidad, un *factor social* que se configura en torno al ejercicio de la vecindad y se despliega como una forma de convivir y de vivir juntos y un *factor cultural* que se configura en torno a la fraternidad, por la cual nos reconocemos de la misma carne y de la misma sangre. Un camino está liderado por los Estados, otro por la sociedad civil y el tercero por las comunidades de sentido.

En todos los naufragios se activan los tres dinamismos; podemos pensar en el hundimiento del Costa Concordia o en el naufragio de una patera.

a) vimos una cuestión de gobernación, a una tripulación desorientada, huidiza, perdida que decide salvarse a sí mismo y distraída en la sala de juegos con una cerveza de más. Alude a que no disponía de mapas de navegación adecuados ya que nadie les había advertido del peligro.

b) vimos comportamientos que protagonizan los pasajeros en el interior del barco: unos iban en cubierta y otros en camarotes, unos tenían salvavidas y otros no disponían de ellos, unos se conocían entre ellos y otros eran extraños.

c) y en tercer lugar se desvelan actitudes cooperativas que llevan a algunos a ofrecer el salvavidas en razón de la debilidad de los pasajeros, o de las condiciones subjetivas del pasaje, otros crearon una escalera de manos que les permitían tocar tierra.

Recientemente, el premio Nobel de economía, el indio Amartya Sen afirmaba <<la necesidad de ir más allá de las voces de los gobiernos, de los mandos militares, de los dirigentes empresariales, de los que tienen influencia que suelen ser escuchados con facilidad, para prestar atención a las sociedades civiles y a las gentes más débiles en diferentes países del mundo>> (2010: 442).

Me propongo <<prestar atención a las sociedades civiles y a las gentes más débiles>> y aplicar de este modo aquel principio de la sociología crítica que aconseja vencer la oscuridad de una habitación, tocar sus paredes, desplazarse del centro a sus límites, ya que el mundo se conoce desde sus límites, desde su periferia, desde su espalda (Horkheimer, 1986).

CIUDADANÍA Y SOLIDARIDAD INSTITUCIONAL

Hay un dinamismo de la solidaridad que se sustancia en instituciones, en sistemas de protección, en derechos exigibles, en pactos colectivos de solidaridad. Invocar la ciudadanía es invocar el sentido de pertenencia a un grupo humano, la seguridad ante los riesgos y la garantía de unos bienes de justicia que nos permiten llevar una vida digna. No digo buena ni feliz, me asusta pensar que la presidencia del Gobierno quiera hacernos felices.

Hay **línea de dignidad** que marca la altura de la solidaridad en un momento histórico. Por debajo de ella no hay vida humana. Esta línea de dignidad garantiza capacidades y libertades humanas ¿De qué capacidades hablamos? Su expresión ético-política se manifiesta en los Índices de Desarrollo humano del Programa de Naciones Unidas. Se trata de la alimentación, de la enseñanza básica, de la salud, de la libertad de movimiento, de participación en la vida pública, de la seguridad personal y colectiva, la sostenibilidad del desarrollo, la igualdad de género (PNUD, 1997:19).

Son bienes que cubren necesidades esenciales en razón de la pertenencia a una misma humanidad, bienes *de justicia* más allá de los cuales no hay vida humana ni vida en sociedad. Estos bienes constituyen una esfera que no se puede mercantilizarse sino que debe garantizarse mediante la responsabilidad pública.

Hay **bienes de justicia** que pertenecen a la humanidad en su conjunto y nadie puede poseerlos para sí mismo; en su nombre se extiende la pasión por la vida más allá de fronteras físicas y culturales. En su nombre hombres y mujeres luchan contra la pobreza y las privaciones. Y lo debemos hacer a través de la institucionalización de los bienes de justicia que pueden y deben ser universalizados por la ley y la comunidad.

Cuando los bienes comunes de la educación, de la sanidad o de los servicios sociales se tambalean y entran en una profunda deriva no podemos soslayarlo ni pasar de puntillas. La solidaridad tiene que **hermanarse con la justicia**. Hay una solidaridad institucional que se ha sustanciado en la garantía de derechos básicos a la salud, en el nacimiento de un sistema de profesionales, en los presupuestos y los recursos especializado, en la atención a la dependencia.

La solidaridad no es sólo un hábito del corazón sino un *pacto*

institucional, que entre nosotros se ha constitucionalizado como Estado social de derecho. Quiero recordar el momento fundacional del Estado de Bienestar como expresión de la solidaridad. Con motivo de la segunda guerra mundial, que causó 50 millones de muertos, se alumbró un **pacto de solidaridad** entre empleados y parados, jóvenes y viejos, sanos y enfermos, ricos y pobres, autónomos y discapacitados...

Decía el fundador del estado de bienestar que la alegría mayor que tuvo en su vida fue ver que los Lores de la Cámara Inglesa y los mineros de Gales eran atendidos en el mismo hospital. Entrar en una residencia y ver que conviven el que fue director del Banco, con las personas socialmente insignificantes a causa de la justicia distributiva.

La situación actual ha creado un nuevo argumentarlo para romper el pacto de solidaridad basado en la creación de nuevas condicionalidades. Asistimos a un retroceso que nos conduce a los tiempos en los que la ciudadanía no se reconocía a grupos humanos que se consideraban diferentes, piénsese en los esclavos, en los niños, en los pobres, en las mujeres. Todavía en el siglo XIX los grandes ilustrados identificaban a los ciudadanos con los varones, y negaban el voto a la mujer, y el sufragio universal, les parecía aberrante y desastroso; como decía el propio Nietzsche era la expresión última del “instinto gregario”.

Se oye con frecuencia que nadie tiene derecho si no se lo *merece*, con lo cual los derechos son otorgados pero no reconocidos. En nombre de esta condicionalidad nos cargamos las rentas mínimas de ciudadanía.

Se dice que nadie tiene derecho a la protección por desempleo sino *ha cotizado*. En los últimos meses, la ciudadanía ha quedado erosionada por la cotización, ciudadano es sólo *el asegurado*, el cotizante, el que ha contribuido al gasto. Se hace depender los derechos sociales de la cotización previa como si de una inversión mercantil se tratara. Lo cual reduce la condición de ciudadano a la situación de asalariado. Lo cual convierte el derecho en una contraprestación. En nombre de esta condicionalidad nos cargamos las ayudas a la dependencia, los programas de cooperación al desarrollo y la lucha contra la exclusión.

Y la última expresión de las condicionalidades es la que se formula diciendo <<No hay presupuesto>> Junto a la condicionalidad por el mérito, se extiende en la actual crisis la condicionalidad *financiera* y *presupuestaria*. Los derechos básicos anteceden al presupuesto. Es imposible pensar que los derechos de la libertad individual son absolutos e irreversibles, y los derechos de la igualdad no son factibles. Si dependieran

de la factibilidad tampoco los otros derechos incluido el derecho a la libertad ya que no es posible asegurar la libertad de todos contra las violaciones. No hemos podido impedir un asesinato, ni una masacre, ni un atentado. La no realización no hace por sí misma que un derecho reclamado sea un no derecho. La garantía de derechos básicos no depende de la factibilidad, más bien es lo contrario.

La solidaridad institucional hoy tiene que detener la ola de condicionalidades que dificultan y obstruyen el reconocimiento de estos bienes de justicia, que son el código genético de la solidaridad. Necesitamos el freno de la incondicionalidad ante los intentos actuales de condicionar los derechos, que erosiona la ciudadanía.

VECINDAD Y SOLIDARIDAD DE PROXIMIDAD

Como afirma Habermas (1999), resulta insuficiente ampliar el estatuto jurídico de la ciudadanía <<sin un ejercicio activo de las diversas formas de participación democrática>>, sin ampliar la convivencialidad y los modos de vivir juntos. Ya los griegos apelaron a la amistad cívica para significar la importancia de las relaciones de confianza, del tejido social, de la inteligencia colectiva.

Los grandes constructores de la vecindad son las organizaciones cívicas, las asociaciones barriales, las economías solidarias, los movimientos sociales. Hoy más que nunca nos sentimos obligados a recrear la solidaridad vecinal y organizada frente a tantos intentos por debilitar las estructuras colectivas. Tengo la impresión que la densidad de la crisis nos ha encontrado desarmados, desmovilizados, fragmentados.

Tenemos que afrontar los mecanismos perversos que impiden la convivencia. El primero es la sensación de *impotencia* que sustrae la competencia y la responsabilidad de las poblaciones a manos de los poderes económicos, financieros e ideológicos. Frente a la geopolítica de la impotencia, hay una geopolítica de la creatividad social que se sustancia en el lenguaje de las alternativas. Esta creatividad popular hace poco ruido pero anda tan callando. Allí donde vencemos la *impotencia* y se crean iniciativas aunque sean frágiles y pequeñas pero que sirven para afirmar el poder de la acción. La joven judía Etil Hillesum desde el campo de concentración escribe que <<He notado que en cualquier situación, incluso en la más duras, al ser humano le crecen nuevos órganos vitales que le permiten salir adelante>> (Hillesum, 2001: 92).

El segundo mecanismo perverso es el debilitamiento de las

estructuras colectivas sean sindicales, movimientos sociales, educativas, culturales. Cuando se debilitan las estructuras colectivas la solidaridad muere indefectiblemente. La solidaridad es un modo de vivir juntos y de afrontar mancomunadamente los problemas y las soluciones. Es el sentido de “in solidum”.

Y el tercero mecanismo perverso nos ha instalado en el *miedo* que compromete la experiencia del *espacio* al construirse fronteras para defenderse, como ya propone Reino Unido; compromete también el *tiempo* ya que es incapaz de proyectar el futuro y olvida lo que afecta a las generaciones venideras. Compromete la experiencia del *otro*, ya que los inmigrantes, los parados, los indignados, los desahuciado representan una amenaza para los integrados.

La solidaridad de proximidad se abre paso allí donde los vecinos vencemos la *indiferencia* y desafiamos la invisibilidad de la pobreza y del sufrimiento. La indiferencia es un aliado del poder.

La solidaridad de proximidad valora el *poder de lo local*, y estima las capacidades endógenas y las potencialidades de cada lugar. Quien no perciba las capacidades incluso de las vidas desahuciadas tiene una visión muy pobre de la solidaridad y nunca será capaz de reconocerles como sujeto y dueños de su propio destino. Cuando alguien es un simple objeto de ayuda, se le expropia de cualquier transformación personal y colectiva ya que están desposeídos de capacidades. El <<enfoque de las capacidades>> ha significado un cambio de residencia mental y cordial (Sen, 2009: 280).

Miguel Hernández experimento la libertad del alma en el interior de la cárcel: <<Cierra las puertas,/Echa la aldaba, carcelero./Ata duro a ese hombre:/No le atarás el alma. /Son muchas llaves,/muchos cerrojos, injusticias:/no le atarás el alma>>.

Recuerdo una experiencia fundante en mi etapa de educador, que me regaló esta convicción. Una llamada desde el hospital: hay un joven que había sido atrapado por una enfermedad grave que en aquel momento estaba unido al uso indebido de las drogas. La solidaridad empieza con la recuperación del nombre y el reconocimiento de la dignidad. Aquel enfermo anónimo pasó a recuperar el significado de su vida cuando un grupo humano le abrazó.

El enfoque de las capacidades ha ayudado a superar los esquemas que redujeron la solidaridad al ejercicio de la asistencia benéfica por el cual unos dan y otros reciben, unos saben y otros son ignorantes, unos

hacen la historia y otros la padecen, unos son los salvados y otros los hundidos, unos son jóvenes y otros viejos. Todos podemos ser donantes y receptores, ya que no hay nadie tan pobre que no pueda dar algo y tan rico que no pueda recibir algo.

Allí donde se rescata el espacio de lo cotidiano, las relaciones de autoayuda, ese mundo de iniciativas alejadas de las crónicas, que pertenece a la insignificancia pero que es el lugar de toda significación posible (Blanchot, 1970).

Se trata de recuperar uno de los sentidos más primarios de la solidaridad que consiste en *sentirse vinculados*. La vinculación con el territorio, que escenificó literariamente Antonio Skármeta en *El cartero de Neruda*: el poeta desde París, enfermo y añorado, le pide a Mario, el voluntario cartero, que le ayude a recuperar a través de sus sonidos los paisajes que ya forman parte de su identidad y que necesita para seguir viviendo: <<Quiero que vayas con esta grabadora paseando por Isla Negra, y me grabes todos los sonidos y ruidos que vayas encontrando (...) Mándame los sonidos de mi casa. Entra hasta el jardín y haz sonar la campana (...) Y ándate hasta las rocas, y grábame la reventazón de las olas. Y si oyes gaviotas, grábalas. Y si oyes el silencio de las estrellas siderales, grábalo>> (2004).

Puedo decirles que mi escuela en el aprendizaje de la solidaridad vecinal ha sido el Barrio de La Coma. Ellos supieron articular la fiesta y el llanto, la protesta y la propuesta, la defensa de sus capacidades y la reivindicación de sus derechos.

FRATERNIDAD Y SOLIDARIDAD CORDIAL

La fraternidad en esta crisis nos advierte que sólo alcanzamos la solidaridad institucional (a través de derechos y leyes) y la solidaridad de proximidad (a través de la convivencia) si partimos de los últimos, de los perdedores, de los que ven negada su dignidad y sus derechos.

Hay una apólogo del budismo tibetano escrito en el siglo V. antes de Cristo que dice <<He visto una sombra en medio de un bosque, y he tenido miedo porque creía que era un animal feroz. Me he acercado y he visto que era un hombre. Me he acercado un poco más y he visto que era un hermano>>. Por los mismos años, la tradición judeo-cristiana propuso descubrir en el otro a alguien que es <<carne de mi carne y sangre de mi sangre>>. Y el libro de Tobías, que se escribe por el mismo tiempo que el apólogo budista apostilla <<Si ves un pobre, no vuelvas el rostro, y Dios no

apartará su rostro de ti>> (Tobías 4, 7).

La ausencia de la fraternidad en la gestión de la crisis significa que una salida que ignore la centralidad de la persona y el sufrimiento de los excluidos y orillados está abocada al fracaso. Se podrán salvar bancos, se podrá recomponer la economía financiera, pero no se podrá mantener la cohesión social ni los bienes comunes. Una salida de la crisis desde los intereses de los poderosos -que son justo los que la produjeron- abre las puertas a otros abismos mayores. Si la resolución no cuestiona en profundidad el sistema capitalista desde la **centralidad de las personas** de nada habrá servido la pirámide de sacrificios que ha comportado. El lugar de la universalización del bienestar son los últimos ya que cuando ellos tienen reconocidos sus derechos los tenemos todos.

Los analistas de la barbarie nazi quisieron comprender cómo es posible vivir junto al horror y no verle el rostro, cómo es posible cancelar la responsabilidad y ningunear el principio moral de incumbencia. Una de las conclusiones que sacaron fue a causa de convertirles en anónimos. Cuando los vecinos alemanes perdieron su nombre y se convirtieron en simples judíos se inició el camino hacia el exterminio. Bastará convertirles en anónimos: hablar de millones de parados y no dejarse interpelar por ninguno, hablar de millones de hambrientos y no conocer a ninguno.

En la actualidad este papel corresponde al mito del Mercado. Cuando el mundo se convierte en un mercado, la persona se reduce a un simple titular de dinero y a los pueblos en simples deudores. Empiezan así las exequias del individuo. Lo vemos estos días escenificado en los desalojos de viviendas. Cuando alguien intenta explicar su situación personal, no se le oye ni se le considera, porque un hipotecado es sólo un deudor, alguien que no paga -<<¡Pero mire Ud. que esa persona que no paga tiene unos hijos, se queda en la calle, tiene un padre enfermo!>>. No importa porque el fetiche es ciego y la identidad de cada uno viene expresada en la tarjeta de crédito y en el curriculum de méritos que puedas exhibir. Basta observar las largas colas de parados ante las oficinas del INEM o en los Bancos de alimentos, o en los servicios sociales municipales. Allí no se habla ni se oye, las políticas actuales tienen un déficit de audición.

El mito del Mercado no sólo devora al individuo con cuerpo y sangre (Unamuno) sino que reduce la realidad a un universo de medios. Hablamos de empleo sin preguntarnos para qué ni cómo, lograr trabajo ya no es un medio sino que se convierte en el propio fin. Deseamos salvar el euro, pero no nos preguntamos si es para impedir la circulación de las personas o para que Europa sea un hogar, la salud del euro ya no es un medio sino que es el

propio fin de Europa. Deseamos volver a las sendas del crecimiento, sin saber para qué. El imperio de los medios es de tal grado que debemos renunciar a plantearnos el sentido, el para qué del empleo, el para qué del crecimiento, el para qué del euro. En un universo de medios, se secuestra la visión, la perspectiva, el horizonte, la espiritualidad. Expresamos el amor comprando un regalo caro para compensar el poco tiempo y la falta de ocasiones para hablar unos con otros (Galimberti, 2010: 260).

Los grandes mitos hoy (el mercado, el crecimiento, la globalización) devoran la fraternidad porque destruyen las estructuras conectivas, no pueden vincular unas cosas con otras, unos lugares con otros, unas responsabilidades con otras. Y de este modo matan la lógica de la vida, que es trama, conectividad, interconexión, comunicación. Cuando esto sucede ya no sólo peligra el individuo sino que destruimos la humanidad, somos incapaces de reconocer que fuera de la propia tribu existen seres iguales a nosotros; <<La idea de que todos los pueblos del mundo forman una humanidad única ha sido una conquista emancipadora; somos la única especie que no se reconocían unos a otros>> (Finkielkraut, 1998).

Recrear la fraternidad hoy es la tarea intelectual, moral y cultural más urgente, si somos capaces de salvarla del secuestro que ha sufrido a manos de quienes en su nombre atentan contra las conquistas sociales y contra los derechos humanos y sociales. Y sobre todo podemos situar la lógica de la gratuidad y del don como un factor de emancipación. La densidad de la crisis ha convertido la fraternidad en una especie de ambulancia mundial, impuesto una agenda tan angustiosa, que la intervención social se ha focalizado en la atención a urgencias y a las emergencias sociales, renunciando a los procesos de transformación y emancipación.

Jeremy Rifkin, formula en *El Sueño Europeo* <<la tarea intelectual urgente de la era global consiste en crear una nueva síntesis que una la fe, la razón y la empatía en una potente alianza que permita que cada una de ellas sea una puerta que se abre a los demás>> (Rifkin, 2004: 349). El físico Fritjof Capra constata que existe <<una impactante disparidad entre el desarrollo del poder intelectual, el conocimiento científico y la destreza tecnológica, por un lado, y la sabiduría, la espiritualidad y la ética, por el otro>> (2006).

Ustedes aunque estén rodeados de resistencias sociales y de torpezas políticas no se dejen invadir por el desasosiego de la acción. Déjense herir por la aventura de la vida, que crece por cualquier grieta. Y si un día descubren que la aventura no es posible pese a ser lo único que interesa,

díganse con el poeta José Ángel Valente (FULGOR):

A partir de ahora/Viviré más alerta todavía,
Seré madrugador/Empedernido
Para evitar que nadie/Os ate en el siempre
O en el nunca.../Para que cada nuevo día
Amanezcáis/Dispuestos a hallar
Nuevos caminos/Y a inventarlos.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- BENJAMIN, W. (1973): Tesis de filosofía de la historia, en *Discursos interrumpidos I*. Madrid, Taurus.
- BLANCHOT, M. (1970): *El dialogo inconcluso*. Caracas, Monte Ávila.
- CAPRA, F. (2006): *El tao de la física*. Málaga, Editorial Sirio.
- FINKIELKAUT, A. (1998): *La humanidad perdida*. Barcelona, Anagrama.
- GALIMBERTI, U. (2010): *I miti del nostro tempo*. Milano, Fertrinelli.
- GARCIA ROCA, J (2011) *Espiritualidad para voluntarios. Una mística de la solidaridad*. PPC. Madrid
- GARCIA RCOA, J (2012) *Reinvención de la exclusión social en tiempos de crisis*. Foessa. Madrid
- HABERMAS, J. (1999): *La inclusión del otro*. Barcelona, Paidós.
- HILLESUM, E. (2001): *El corazón pensante de los barracones. Cartas*. Barcelona, Anthropos.
- HORKHEIMER, M. (1986): El espacio social, en *Ocaso*, Barcelona, Anthropos.
- RIFKIN, J. (2004): *El sueño europeo. Cómo la visión europea del futuro está eclipsando el sueño americano*. Barcelona, Paidós.
- PNUD (1997): *Informe sobre el desarrollo humano*. Madrid, Mundi-Prensa.
- SEN, A. (2009): *La idea de justicia*. Madrid, Taurus.
- SKARMETA, A. (2004): *El cartero de Neruda*. Barcelona, Planeta.